

ANIVERSARIO DE LA REVOLUCION RUSA

I

El cincuentenario de la revolución comunista en Rusia coincide con el centenario oficial del marxismo. La efemérides está provocando ya un material gigantesco, histórico, informativo y crítico. Unidos en una meditación y preocupación común, los dos acontecimientos se hallan presentes en la conciencia universal y están sometidos a un vasto proceso de valoraciones y revaloraciones, exaltantes y críticas al mismo tiempo. La dispersión ideológica y su diversificación geográfica en un proceso extensivo sobre vastas áreas del planeta no impide, a la hora del balance crítico, el que se les lleve a un común denominador y a reflexiones que participan de una común naturaleza y una unidad ontológica primordial.

Sin embargo, no podemos acercarnos ni menos penetrar en profundidad, en los dos acontecimientos, sin señalar desde el principio la arbitrariedad de englobar en el concepto genérico de «marxismo» la enorme variedad de hechos ideológicos, políticos, sociales y económicos que se reclaman de Marx y su concepción revolucionaria en los últimos cien años. En un reciente libro realizado bajo el patrocinio del Instituto Hoover, de la Universidad de Stanford (California), para celebrar el centenario de la I Internacional, y publicado bajo el título *Marxism in the modern world* (1), se nos dice en la misma parte introductiva que desde el mismo momento en que Lenin publicó el opúsculo *¿Qué hacer?* (1902) se operó un cambio radical en la historia y la naturaleza misma del marxismo. De forma que a la física social determinista de Marx y Engels se opuso el voluntarismo revolucionario de Lenin y sus secuaces, el marxismo fue sometido a una serie de revisiones de profundo y vasto alcance y por fin el marxismo mismo, en cuanto ideología del siglo pasado, se transformó en un poder político del siglo XX y

(1) Cfr. *De Marx à Mao Tse Tung*, Calmann Lévy, París, 1967, pág. 380.

se convirtió en modo gradual en una auténtica obsesión del poder con perspectivas de conquistas mundiales y de dominio implacable sobre las masas. En el volumen en cuestión colaboran especialistas de todo el mundo. Merecen mención especial los estudios «El impacto del marxismo en el siglo xx», de Raymond Aron; «El leninismo», de Bertrand D. Wolfe; «El estalinismo», de Boris Suvarin; «El kruschevismo», de Merle Fainsod; «El titismo», de Adam B. Ulam, y «El maoísmo», de Arthur Cohen. La conclusión de éste y de la mayoría de los estudios consagrados al tema en todo el mundo es que el marxismo mismo, el marxismo-leninismo y todos los «ismos» que parecen tener en este sentido un origen común, llevan necesariamente a un pluralismo marxista tan complicado y tan vasto como complicados y vastos se nos antojan hoy el panorama ideológico y la proteica lucha por el Poder en el mundo. Las rupturas ideológicas se suceden una a otra, la lucha por la primacía ideológica mundial entre los varios centros es un hecho, las varias maneras de «construcción» del socialismo son una realidad *volens nolens* universalmente aceptada, los cambios de estructura en el seno mismo de las varias sociedades comunistas provocan movimientos subterráneos que ni ideólogos ni tecnócratas pueden por sí mismos controlar y orientar.

A los períodos de terror revolucionario o burocrático suceden la puesta en marcha de nuevas fórmulas como el mito de las «cien flores» y de las «contradicciones no antagonísticas», de «los grandes saltos en adelante». Los «revisionismos» son ora aceptados explícitamente en nombre de un dinamismo ideológico, ora rechazados con indignación. Analizando las posibilidades de «un comunismo pluralista», justificado por el conflicto chino-soviético, Richard Lowenthal llega, en términos generales, a tres posibles conclusiones. Primero, que los dos campos han abandonado ya no sólo la ortodoxia marxista, sino la misma ortodoxia doctrinal leninista, ya que «no se puede, en verdad, considerar como leninista ni la tentativa china de transmitir la misión revolucionaria del proletariado industrial, que Arnold Toynbee bautizó "el proletariado exterior" de la civilización occidental», ni la tesis soviética según la cual el socialismo vencerá definitivamente al capitalismo en virtud de la competición económica. Segundo, que el conflicto mismo engendrará, a escala mundial, varias formas de «ortodoxias» comunistas con tendencias a integrarse en varias Internacionales. Tercero, que a cada forma de ortodoxia corresponderá un centro antagonico de poder. Cuarto, que el pluralismo presenta, sí, una decadencia en un sistema totalitario con mando único, pero que no ha destruido los lazos íntimos del mundo comunista frente a un posible conflicto con el universo no comunista.

Estas conclusiones pueden complementarse con los estudios más serios que han aparecido en los últimos años sobre el fenómeno del pluralismo revolucionario y político en el seno del comunismo mundial (2).

II

Lo cierto es que, tanto el aniversario de la revolución comunista como el centenario de la Internacional marxista son dos acontecimientos importantes para todo el mundo. Importancia muy grande tienen estos dos acontecimientos también para el resto de la Humanidad, para la Humanidad que se ha mantenido por virtud propia, por razones geográficas, o por razones de destino, fuera del dominio del Leviatán soviético y de las transformaciones que su revolución y la subsiguiente instauración del Estado totalitario han implicado. Al acercarnos a esta efemérides, centrada sobre todo en la Revolución de Octubre, al análisis de este acontecimiento e implícitamente a una síntesis muy breve de su significado; al acercarnos a este acontecimiento quisiéramos partir de una serie de elementos de carácter circunstancial y, en parte, anecdótico. Es especialmente interesante, nuevo desde muchos puntos de vista, proceder hoy en día a una reflexión renovada y actual sobre lo que significa este primer cincuentenario de la revolución soviética. Una reflexión que coincide con dos observaciones concretas e inmediatas, pero no por ello menos significativas. Una de ellas es la presencia del poeta soviético Evtushenko en Madrid, símbolo en gran parte de la situación actual en Rusia, epifenómeno del balance que cada uno de nosotros pudiéramos hacer de los resultados de cincuenta años de bolchevismo en Rusia. Evtushenko es un símbolo muy de tener en cuenta de la Rusia actual. Es un poeta de la liberalización, que se pasea «libre» por el ancho mundo, es celebrado y admirado, mientras otros poetas rusos, también de la liberalización post-stalinista, son condenados y padecen en prisión por su amor a la libertad. Junto con la presencia tan exaltada de Evtushenko por las ca-

(2) Cfr. UGO SPIRITO: *Il Comunismo*, Sansoni, Firenze, 1965, 304 págs. LEONARD SCHAPIRO: *De Lénine à Staline*, París, Gallimard, 1967, pág. 692; JEROME CH'EN: *Mao Tse Tung e la rivoluzione cinese*, Firenze, Sansoni, pág. 545; MICHEL GARDER: *L'agonia del regime sovietico*, Roma, Volpe, 1966, pág. 142; ROGER GARAUDY: *Marxisme au XX^e siècle*, París, Union Générale d'Editions, 1966, pág. 305; TIBOR MÉRAY: *La rupture Moscou-Pekin*, París, Robert Laffont, 1966, pág. 380; TIBOR MÉRAY: *Des Mandarins à Mao*, París, Seuil, 1962, pág. 174; GYÖRGY LURÁCS: *Storia e coscienza di classe*, Milán, Sugar, 1967; GIOVANNI GENTILE: *La filosofia di Marx*, Florencia, Sansoni, 1959.

lles de Madrid, en los mismos días, los observadores atentos a lo que pasa en el mundo y en España, han podido comprobar otra cosa que creo merecedora de ser sometida a nuestra propia atención. En las mesas de los libros sacados al sol de las aceras madrileñas, que el público, y acaso la curiosidad del propio Eugenio Evtushenko, han podido contemplar en el Día del Libro, habrán podido constatar que una gran parte de los libros estaban dedicados a Mao, al marxismo, a la revolución comunista y a los problemas sexuales. Son dos arranques anecdóticos, en compañía de los cuales se podría muy bien abordar la presencia del comunismo, de la revolución comunista y de los cincuenta años de actuación práctica de esta revolución en la vida del mundo. Pero no quisiéramos terminar con los aspectos puramente anecdóticos antes de abordar un análisis lo más sucinto posible de las etapas de evolución de la Rusia soviética y de su expansión en el mundo y de las conclusiones que merece toda la experiencia de la revolución mundial comunista durante los últimos cincuenta años. Hace poco, en el número 11 de la revista moscovita *Literaturnaya Gazeta*, se publicó el siguiente cuento: «Un viejo profesor de matemáticas enseñaba a sus alumnos que dos por dos hacen nueve. Un día el profesor se jubiló. El Consejo pedagógico de la escuela se reunió para decidir la política a seguir. Se consideró que revelar brutalmente a los alumnos que dos por dos no hacen más que cuatro pudiera provocar en ellos traumatismos indeseables. El Consejo optó por una solución suave. El nuevo profesor recibió el encargo de enseñar que dos por dos hacen siete, pero las reacciones de los alumnos fueron de lo más diversas. La mayor parte continuaron a escribir en sus cuadernos que dos por dos son nueve. Retenían inútil reconsiderar la cuestión. Los más aplicados y los más indiferentes escribieron correctamente la nueva fórmula: dos por dos son siete, mientras en los lavabos inscripciones provocadoras aparecieron. Pretendían que dos por dos son cuatro; eran los niños peor educados del colegio. En el patio, en los recreos, se produjo otro fenómeno. Los alumnos que querían llegar, los que *veían* lejos, se metían a gritar al ver al director: "Dos por dos son tres, dos por dos son uno." Naturalmente, ningún alumno ponía en duda la validez del axioma de que dos por dos son cuatro; todos sabían contar con los dedos.» Esta anécdota, este pequeño cuento, por el simple hecho de que se pueda publicar en una revista soviética, implica un gran cambio de mentalidad. En la época de Stalin esto hubiera sido imposible. Quisiéramos aún aludir a otro hecho también inédito en el *modus operandi* de la política y la propaganda soviéticas. El año pasado se inició en Moscú, bajo la presidencia de un delegado del Gobierno, Pospelov, una serie de reuniones, a las cuales fueron convocados algunos miembros de la vieja guardia bolchevique, con el fin de redactar

la edición definitiva de la Historia del Partido Comunista de la Unión Soviética. Los textos de estas discusiones aparecieron al final del año en la revista moscovita clandestina *Fénix*. Tomaron parte en los coloquios algunos miembros supervivientes de la vieja guardia bolchevique, es decir, los compañeros de Lenin y de Stalin; a saber: Rachekov, Romanovski, Poyedski, Osinovskaya, Milonov, Rachal, Snegov, Dinitas, Chagaiev (este último el único de todos ellos que fue defensor de la memoria de Stalin en estas reuniones y fue tachado por todos los demás como «lacayo» de Stalin y «canalla»), Zorin y Pospelov. El documento, el texto de las discusiones, de las aportaciones de estos viejos bolcheviques a la redacción de la historia oficial del Partido, es verdaderamente un documento sensacional. Naturalmente, si desde el punto de vista de la dialéctica ha habido un cambio de método en Rusia, desde el punto de vista sustancial, no. Las opiniones de estos viejos bolcheviques no fueron adoptadas por el Comité que redactaba la historia del partido comunista ruso, y los volúmenes van a salir en la forma original, tal como habían sido redactados por la Secretaría del Partido. Otro dato interesante: acaba de salir en París, editado por Fayard, un libro titulado *Smolensk en la hora de Stalin*. Se trata de todos los archivos de la ciudad de Smolensk, que los alemanes encontraron a mediados de julio de 1941 al llegar allí y se llevaron, y luego fueron encontrados, a su vez, por los aliados. Son doscientas mil páginas de documentos que los Soviets en retirada no habían podido destruir. La Universidad de Harvard los ha publicado bajo el cuidado del profesor Merle Fainsod. Es un documento verdaderamente impresionante, porque, a través de los archivos de la ciudad de Smolensk, rigurosamente presentados y resumidos por Fainsod, se pueden comprobar todas las etapas de la vida y de la política rusas desde la primavera de 1917 hasta el año 1938 en la forma más directa y más original, tal como se reflejaban en la vida de una gran ciudad soviética. Ahí vemos la etapa de la revolución, cómo se consume la revolución, la lucha entre rojos y blancos, el primer período de la nueva política económica de Lenin, la etapa stalinista, las grandes «purgas» stalinistas. Todas las etapas de la vida rusa en este período muy oscuro, que muy pocas veces ha podido salir a la luz, se nos revelan en forma original. Estamos, por lo tanto, desde el punto de vista historiográfico, en condiciones, debido en gran parte al proceso de liberalización de la vida soviética, y en no menos gran parte a un cambio de mentalidad en el mundo, para conocer las etapas reales de la vida soviética en estos cincuenta años. Pero no quisiéramos detener aquí nuestra perspectiva preliminar, donde lo anecdótico se mezcla con los datos originales y reveladores de una situación real. Una revista que se publica en Alemania nos ofrece una lista bastante larga, y desde luego, de primera mano; un

relato trágico de la suerte que han corrido todos los cargos más importantes del partido comunista ruso desde los primeros años de la revolución hasta prácticamente nuestros días. Su escueta lectura puede decir mucho; ella puede ser mucho más elocuente que cualquier análisis en profundidad hasta las raíces ontológicas del problema, de lo que significa, tanto en su perspectiva histórica como en su perspectiva actual la revolución rusa. La suerte de los jefes de Gobierno de la U. R. S. S. en estos cincuenta años fue la siguiente: A. I. Rykov fue fusilado en el 38; Molotov, declarado enemigo del Partido en el 57; Stalin, declarado criminal en el 56; Malenkov, enemigo del Partido en el 57; Bulganin, enemigo del Partido en el 58; Kruschev, enemigo del Partido en 1965.

La lista de la suerte de los jefes de las Comisiones de planificación soviéticas es, a su vez, la siguiente: G. F. Grinko, fusilado en el 38; W. W. Kuibichev, asesinado por los médicos en el 37; Meslauk, fusilado; G. I. Smirnov, fusilado; N. A. Vosnejenski, fusilado; Saburov, enemigo del Partido en el 57; Kosiachenko, alejado del Partido; Kusmin, eliminado. Ministros de la Seguridad Interior: Rykov, fusilado en el 38; Belovorodov, eliminado; Yagoda, fusilado en el 38; N. I. Jejov, fusilado; Beria, fusilado en el 53; Kruglov, eliminado; Dudorov, comisario general por la exhibición de Moscú en el año 60, el único al cual hasta ahora no le ha pasado nada. Primeros secretarios centrales del Comité del Partido Comunista de la Unión Soviética: Stalin, desde el 22 hasta el 53, declarado criminal en el 56; Kruschev, enemigo del Partido. Secretarios del Comité Central, tanto primeros secretarios como secretarios del Comité Central: Lenin, cuya suerte se conoce; Kestínsky, fusilado en el 38; Preobrashensky, fusilado en el 38; Serbriakov, fusilado en el 37; Molotov, enemigo del Partido en el 57; Mijailov, fusilado en el 38; Yaroslavski, muerto en el 34; Kuibichev, víctima de un asesinato medical en el 37; Rutsutak, fusilado en el 38; Selenski, fusilado en el 38; A. A. Andreiev, eliminado en el 57; Kaganovic, enemigo del Partido en el 57; Yevdokimov, fusilado en el 36; Kosior, fusilado en el 39; Uglanov, fusilado en el 38; N. A. Kubiak, fusilado en el 38; Bauman, fusilado en el 38; Postishev, fusilado en el 40; Kirov, asesinado en el 34; Jdanov, seguramente víctima de un asesinato medical en el 48; Kusnesov, fusilado en el 49; Aristov, apartado en el 60; Belialev, apartado en el 60; Chepilov, enemigo del Partido en el 57; Pospelov, apartado del Poder en el 60; Katherina Fursteva, apartada del Poder en el año 60; Ignanov, apartado en el 60, etcétera.

III

He aquí una imagen de esta larga etapa de la historia rusa. Es una etapa que ha desempeñado un papel muy importante no sólo en la historia de Rusia, sino en la propia historia del mundo. La revolución soviética de 1917 representa un momento muy importante en la Historia moderna. Ella abre una etapa nueva no solamente en la historia del pueblo ruso, sino en la misma historia del mundo. Basta mirar el mapa de Rusia en 1917 y el mapa de Rusia y de la extensión del comunismo sobre el planeta en el día de hoy para darnos cuenta de la importancia capital de este hecho. La revolución rusa, naturalmente, por una serie de consideraciones objetivas, hay que ligarla desde el primer momento al nombre de Marx. Pero desde el primer momento la atención del observador tropieza con un hecho, con una paradoja destinada, naturalmente, a provocar su estupor. Marx, y esto es ya casi un lugar común a pesar de las controversias que se han producido, había excluido siempre a Rusia de su perspectiva de la revolución mundial. Se sabe que entre las profecías no cumplidas de Marx, la más espectacular, la más importante, es el hecho de que a Rusia, como país desde el punto de vista industrial atrasado, país agrícola, país incapaz, según él, de crear una clase revolucionaria en grado de llevar a cabo la revolución comunista, la excluía de su panorama de la revolución. Por otra parte, se descubre ahora un gran material inédito de los escritos de Marx. Se han descubierto últimamente en los archivos de Amsterdam una serie de escritos de Marx periodista, en los cuales atacaba continuamente a Rusia por razones de su expansión imperialista, que luego, como vamos a ver, son razones propias de la propia expansión imperialista de la Rusia soviética. Los textos antirrusos de Marx son múltiples. Ataca a Rusia por la ocupación y la agresividad continua de los Principados rumanos, por su política en Polonia, por la anexión de la Besarabia rumana, por la expansión hacia los Estrechos y hacia Constantinopla. Son conocidas ya las diatribas de Marx contra Inglaterra por la política ambigua que el Imperio inglés realiza con respecto a Rusia en su camino de expansión. Por lo tanto, Lenin y la primera generación que realiza la revolución en Rusia tienen que proceder desde el primer momento a un abandono de la doctrina de Marx, a la cual, sin embargo, se reportan en lo más esencial de las ideas y los dogmas de su propia revolución. Es decir, se parte incluso en los planteamientos básicos de la revolución, de una perspectiva que no es la perspectiva de la revolución mundial propugnada por Marx. Berdiaev, que ha estudiado muy a fondo el fenómeno de la revolución comunista y las circunstancias en que ella se produce,

nos ha demostrado con una serie de hechos que Lenin, en el planteamiento de la revolución, parte de una tradición revolucionaria rusa. En los textos del anarquismo ruso, en la tradición revolucionaria del nihilismo ruso, Lenin encuentra fundamento mucho más propio para la revolución que plantea que en los textos de Marx. Por consiguiente, desde el primer momento tiene lugar una revisión importante de los textos y los dogmas de Marx para que Lenin ponga en marcha su propia revolución. Todos los fenómenos relacionados con la revolución soviética acaban, en realidad, en la personalidad poderosa de este hombre, en la personalidad de Lenin. Durante el proceso de preparación de la revolución en Rusia, Lenin capta perfectamente el transcurso de la situación sobre el cual su genio tiene que operar para que esta revolución se produzca. En primer lugar, se da cuenta perfecta de las características del ambiente en que él está formando los cuadros de revolucionarios profesionales, con una disciplina férrea, con una férrea voluntad de poder y de conquista. Esta nueva clase revolucionaria tiene que formarse, actuar y producir las transformaciones de una sociedad que, según la autobiografía espiritual de Berdiaev, había llegado a esta bipolaridad impresionante: por una parte, la vida cultural de un florecimiento, de una variedad y de una dispersión al mismo tiempo impresionantes, y de otra parte, una disolución de las fuerzas sociales verdaderamente espectacular. Es decir, una cultura que había llegado, por una parte, a una forma de perfección y de refinamiento, que son merecedoras de nuestra admiración y de nuestro entusiasmo, y al mismo tiempo una disolución de las fuerzas sociales que también impresionan en la perspectiva actual. Ante estos dos fenómenos, Lenin prepara cuadros revolucionarios profesionales que saben que en un determinado momento, cuando esta sociedad estuviera en plena disolución, podrán hacerse con el Poder, de la manera más fácil posible. En un reciente libro del norteamericano Joel Carmichael sobre la revolución soviética se nos ofrece probablemente una de las síntesis más perfectas de las fases en que tiene lugar la revolución soviética en el año 1917. Nos encontramos ante una de las imágenes más completas, más sugestivas, más documentadas en lo esencial y sobre todo más «nuevas» en torno a la revolución rusa. Una por una, desfilan ante nosotros, en una película que capta lo más importante y revelador, el proceso de preparación, las etapas más importantes, los factores conscientes e inconscientes, los elementos que correspondieron a un plan y al genio estratégico de Lenin, a veces en contra de la plana mayor del partido bolchevique, pero también la enorme cantidad de factores que pertenecieron a una serie de azares sorprendentes de la Historia y de la indecisión de los hombres.

El libro es altamente sugestivo, si lo consideramos a la luz del cincuenta-

nario de la revolución. Ocasión ésta que está provocando una serie de publicaciones capaces aún de ofrecernos una luz nueva sobre el transfondo de un hecho que «conmovió el universo». En la propia U. R. S. S. está a punto de aparecer una nueva historia de la revolución integrada en una historia del partido comunista ruso.

Carmicael estudia magistralmente los prolegómenos de la revolución, el papel de la «inteligentzia» rusa, el papel del liberalismo, los acontecimientos de febrero a julio, la llegada de Lenin, los meses dudosos de julio a septiembre y la victoria en gran parte inesperada de los bolcheviques debido a estos factores: la voluntad de triunfo de Lenin, la formación de cuadros de revolucionarios profesionales, la captación de la importancia de la propaganda y los medios de la tecnología, la absoluta incapacidad de Kerensky y los suyos en la valoración de su propio poder y de la verdadera psicología de las masas rusas. En su exposición Carmicael utiliza textos importantes del libro de Suchanov *The Russian Revolution 1917*. He aquí un libro que nos revela cómo un grupo de intelectuales, convertidos primero en revolucionarios de profesión y luego en administradores implacables del Poder, ponen en marcha y realización una utopía con la promesa lejana de una edad de oro y el sacrificio de millones de seres.

Ahora está comprobado, y en parte reconocido en la propia historiografía soviética, que toda la plana mayor del comunismo ruso, empezando por Stalin, Zinoviev, Kamenev, e incluso Trotsky, quería que la llegada al Poder de los bolcheviques se realizase por vías normales, casi por vías parlamentarias recomendadas por los menchevique y por la Segunda Internacional. Lenin solo, amenazando, intentando convencer, discutiendo, sostiene la tesis de la revolución armada y sus tesis vencen y la revolución soviética se impone en Rusia. Conviene, sin duda, centrar en la personalidad de Lenin lo más importante de esta revolución. Lenin, aparte que, como hemos visto, se considera heredero implícito de la tradición revolucionaria rusa mucho más que del sistema marxista, por otra parte nos ofrece uno de los casos únicos de una auténtica utopía e ideología revolucionaria creada en la tranquilidad de un gabinete de estudio y luego convertida en realidad. Esta dramática utopía en marcha, que va a ser la revolución soviética, está formulada de una manera perfecta por Lenin, procediendo al primer paso de revisionismo importante de la doctrina de Marx. En el libro *El Estado y revolución* que Lenin escribe en el verano de 1917 en su refugio de Finlandia, están señaladas todas las etapas de la revolución rusa. El estudioso puede comprobar con estupor, al leer este libro y toda su construcción utópica, cómo en el trágico suceso de los acontecimientos, una Utopía se ha podido convertir en realidad en marcha.

IV

El primer paso de insertar la revolución en la historia rusa y de hacerla corresponder a una espiritualidad y a una mentalidad rusas, le pertenece en primer lugar a Lenin. Ya en los tiempos de Lenin, y con más fuerza después de la muerte de Lenin, se están manifestando las tendencias de considerar la revolución en su perspectiva mundial un grave error de estrategia y de táctica revolucionaria. Primero la revolución en un solo país, éste es desde el momento en que la revolución se convierte a la política real, el principio operante de Lenin. Trotsky y los elementos que le rodean, van defendiendo el principio de una revolución mundial paralela. Lenin se opone, intenta una serie de medidas de tipo táctico de readaptación a las condiciones específicas de la política y de la realidad rusa y lanza la idea, ya contenida en una carta que había escrito a Wilhelm Liebknecht, de un retorno al principio realista de un nacionalismo ruso. «Haré —diría él en aquella carta a Liebknecht— que consideren nuestra revolución como un nuevo llamamiento a los *varegos*», es decir, un salto a los orígenes primordiales de la historia rusa, una inserción profunda, fundamental de la revolución en la historia rusa.

Y se ve que así se hará, porque ya desde los primeros días, desde el momento en que Lenin organiza el Estado soviético, lo fortalece nuevamente en la idea de la expansión territorial de la nueva Rusia. Se pone nuevamente en marcha, sin retraso, el imperialismo ruso, en términos rusos si bien con fórmulas renovadas de táctica y estrategia revolucionarias. Sin tardar, los hombres de la revolución están presentes en todos los continentes para proclamar, con aire de profetas, con carácter de religión, la buena nueva. Pero la proclaman en ruso; detrás de ella está ya el imperialismo ruso, organizado según una nueva estrategia.

Este proceso se acentúa en el período stalinista. En el período stalinista, a través de una época de terror y de sangre probablemente sin par en la Historia, sin par ni siquiera en la historia rusa, asistimos a una nueva, auténtica etapa de la historia rusa, fase revolucionaria en sus aspectos sociales y políticos, pero fase nacional y nacionalista desde el punto de vista de la perspectiva de la historia rusa y desde el punto de vista de una política realista de expansión. Con Stalin nace lo que se puede llamar una forma definitiva: el nacionalcomunismo, es decir, un fenómeno en el cual a través de los moldes de la nueva revolución, porque la nueva revolución del proletariado es un hecho innegable que luego veremos que está de acuerdo con la espiritualidad rusa, se insertan los elementos permanentes de la historia rusa. La prueba es que gradualmente bajo el propio período de Stalin se vuelve

a la exaltación de los momentos culminantes de la historia rusa, a Pedro el Grande, a Kutusov. La celebración en 1937 del centenario de Puskin representa un momento muy interesante en esta evolución. En el proceso de revisión del marxismo se va un paso más adelante y los dogmas marxistas iniciales, como el salto del dominio de la necesidad en el dominio de la libertad, la aparición de una sociedad sin clases, democrática e internacional, la desaparición del Estado y el fortalecimiento de la sociedad, todas estas formulaciones de la doctrina marxista son aplazadas en nombre de la creación de un Estado fuerte, de un auténtico Leviathan a través del cual se opera una especie de camuflaje revolucionario y estratégico, proclamando que la edad de oro, la edad propugnada por la revolución, hay que posponerla mientras en el mundo la revolución posea enemigos.

Es curioso el camino hecho en el campo de los revisionismos doctrinales del marxismo. En este sentido, un ejemplo sugestivo nos lo ofrece la aventura del llamado concepto marxista de la dictadura del proletariado. Boris Suvarin se refiere a ella en su citado estudio sobre el stalinismo. Nos hallamos en 1926, en plena guerra de los clanes por apoderarse del mecanismo del partido en Rusia. Stalin, aconsejado en aquel momento por Rykov y Bukharin, quiere enfrentarse con los «intelectuales del partido» y se lanza a «posar en teórico». Stalin — escribe Suvarin — «había recogido de Lenin la noción de dictadura del proletariado, préstamo verbal de Marx y Engels que la entendían en un sentido absolutamente contrario al que adquirió con el leninismo y luego en el stalinismo. Marx no evoca explícitamente y a su modo más que dos veces la dictadura temporánea del proletariado, no de un partido, cualquiera que sea, e incidentalmente le dedica cinco líneas en una carta privada, y en sus notas críticas al programa social demócrata de Gotha. En cuanto a Engels, ve en la "comuna" de París, de 1871, un modelo de tal dictadura, a saber, un sistema federalista de comunas libres, con una pluralidad de partidos políticos no marxistas, de elecciones libres por sufragio universal, verdadera antítesis del régimen soviético. Esta pieza maestra del marxismo, según Lenin, se halla contenida en quince líneas en los treinta y ocho grandes volúmenes en octavo de las obras de Marx y Lenin (en ruso) y si nos referimos a ella, contradice por entero la interpretación arbitraria incluida en el leninismo y transmitida en el stalinismo. Por lo mismo "la derecha", cuyo primer teórico es Bukharin, tomará de los cincuenta y cinco volúmenes de las obras incompletas de Lenin dos breves citas que, en una quincena de líneas muy esquemáticas y condicionales, permitirían a Stalin teorizar la posibilidad de instaurar el socialismo en un solo país, afirmación que a su vez llegará a ser una pieza maestra del stalinismo.»

V

Durante todo este período, durante los largos cincuenta años desde la revolución de octubre hasta hoy, naturalmente, se producen, aparte y paralelamente a esta inserción en la historia rusa, un auténtico drama en la vida del hombre. El hombre soviético, el hombre ruso en su forma de hombre soviético, está sometido a una serie de sacrificios permanentes: sacrificio de su libertad, sacrificio de su personalidad, sacrificio de su posibilidad de expresarse libremente desde el punto de vista cultural. Haciéndose el balance retrospectivo después de la muerte de Stalin, y después de la necesaria liberalización, de toda esta fase sangrienta de la historia y la revolución rusas, fase que, por otra parte, la hemos visto reflejada en el destino de los dirigentes del pueblo soviético en esta larga etapa, sin embargo aparece para la ética comunista, para la mentalidad comunista, como un proceso necesario para alcanzar determinados fines. Con esta característica se asoma al mundo la revolución rusa, la objetivación de un Estado fuerte del comunismo en Rusia. Por lo tanto, ya no es posible centrar lo esencial del problema como lo intentan aún algunos, simplemente, en el genio sanguinario, nueva reedición de Ivan El Terrible, de Stalin (3). Hay probablemente en la personalidad de Stalin, una parte cruel, sangrienta de la crueldad gratuita y del crimen gratuito. Pero hay como una especie de némesis, de destino implacable de la revolución que hace que devore sus propios hijos y que, en definitiva, proclame su propia justificación en sus fines. Es una forma de neomaquiavelismo político, de realismo político que lo proclama el propio Lenin y lo proclama Stalin. Con la misma fuerza y como auténticos demiurgos, como fuerzas poderosísimas, han querido proyectar el peso nuevo de Rusia sobre el mundo, a través de todo lo que podía ofrecer como nueva savia, como nuevo vigor la revolución comunista. Sin embargo, un balance actual es necesario. Hay aspectos positivos en este balance, pero hay, sin duda, aspectos negativos, considerados inclusive desde un punto de vista de una economía puramente interna de la revolución soviética. En primer lugar la revolu-

(3) «Pertenece a Stalin en exclusiva —escribe BORIS SUVARIN— el haber establecido en el país más vasto de Europa y Asia un régimen de terrorismo estatal sin ejemplo en la Historia; de haber, con este fin, cometido asesinatos y deportaciones en masa que ninguna estadística ha fijado hasta ahora; de haber, como medio, conferido a la policía secreta el derecho de vida y muerte sobre las poblaciones sometidas; de haber masacrado y desarraigado millones de campesinos para imponer la colectivización agraria...; de haber envilecido, deshonrado y asesinado el conjunto de los cuadros superiores del Partido, del Estado y del Ejército.»

ción soviética que pretendía partir con todos sus movimientos tácticos y estratégicos de unos principios enunciados, con rigor doctrinal por Marx, Engels y Lenin, se ha ido sometiendo a sí misma a toda una serie de revisiones y cambios fundamentales, que convierten su definición actual en un proceso de artificios ideológicos y de «camouflages» dialécticos entre los más complicados.

Sin embargo, durante esos cincuenta años, ni un paso hacia atrás ha sido dado en la expansión mundial del comunismo. Desde que los cañones del «Aurora» marcaron el comienzo de la revolución, en octubre de 1917, hasta hoy cuando la revolución se proyecta con todo su peso en la historia del mundo y lleva en su marcha, falsa o auténtica, fiel o no a sus principios, la fuerza de dos grandes naciones y la alianza de grandes organizaciones en todos los continentes, un importante fragmento de la historia del mundo está ocupado por ella. Por ello, bien puede afirmar un filósofo como Ugo Spirito que la revolución rusa es «el mayor acontecimiento de la época moderna», que «ha condicionado en modo más o menos radical todo el Occidente, todo el Oriente, operando en una escala sin precedentes y determinando uno por uno la pesadilla o el ideal de varios pueblos de la tierra».

Ahora bien, el balance con que el comunismo se presenta hoy, después de cincuenta años de vastas experiencias ante el mundo, es un balance condicionado igualmente por su experiencia, pero también por la experiencia del mundo que no ha sido necesariamente sólo una experiencia comunista. La experiencia del mundo no comunista incide ampliamente sobre la situación actual del comunismo. Por ello el comunismo tiene sus problemas, que son suyos, pero participan igualmente de los problemas que no son suyos, y el resto del mundo posee características que le son propias. Presente en el mundo, su presencia es hoy ambivalente. Por un lado se asoma al mundo, como siempre, en actitud agresiva y antagónica. Por otra parte, transformaciones estructurales a escala planetaria, hacen que el comunismo no pueda ya auto-excluirse, por definición, en un proceso de integraciones con otros factores y modos de vivir y pensar. A esta misma integración se debe, por un lado, una mutación en el papel que hoy puedan desempeñar las ideologías en el mundo, la primera entre ellas la ideología comunista y, por otro lado, la aparición de un pluralismo en el seno del comunismo mismo. Este fenómeno del pluralismo comunista, es un hecho que hoy se nos antoja patente. Sometidos a una reducción tipológica, los comunismos, a los cincuenta años desde la revolución, pueden ofrecernos hoy tres modalidades distintas, de acuerdo con los tipos humanos que las encarnan. Hay, distintamente, un comunismo ruso, uno occidental y otro chino. Esta es la situación hoy por hoy, pero mañana pueden haber nuevas formas de comunismo africano o asiático, como lo hay,

si es que de verdad lo hay, uno castrista y otro indonesio. En todos ellos la historia de los pueblos está presente con todo su peso. Un filósofo bien cerca de la ideología comunista, como Ugo Spirito, lo proclama así. En el comunismo ruso ve la presencia de una tradición cristiana, de Roma, Atenas. Bizancio y Cristo. Una adecuación de la revolución comunista al alma rusa, con propensiones espirituales antiburguesas, anticapitalistas, comunitarias, mesiánicas, de comunicación humana, de apertura al sacrificio y a la idea de una edad de oro. En el comunismo occidental, virtudes individualistas, burguesas, iluministas, igualitarias, anticomunitarias, animadas por la filosofía del progreso y el bienestar. En el comunismo chino, una tradición milenaria completamente distinta de la occidental, incluso de la rusa, una mentalidad ahistórica y arreligiosa, pero en cambio ética, la falta de una tradición humanista y la apertura a un humanismo científico y técnico, una tradición comunitaria y colectivista.

Es más probable que una inteligencia profunda de esta distinción, en lo que tenga ella de más radical, sea lo más interesante de todo el balance con que la revolución de octubre se nos presenta, al cabo de cincuenta años de atarmentada y ensanchada historia. Pero es indudable que lo que pueda distinguir sus formas plurales no logra echar en sombra una inteligencia del fenómeno como totalidad. Y, en cuanto tal, el comunismo sigue proyectando en el mundo y sobre el mundo, una fuerza inmensa, en la cual nadie es seguro si los elementos de dispersión prevalecerán sobre las implicaciones comunes y una común coherencia revolucionaria. Sin que esto quiera decir que él no haya ya hecho suya esta vieja sentencia de Confucio, que Meray actualiza ahora: «No hay lugar para dos soles en el cielo, para dos reyes en un país, para dos príncipes en un Estado ni para dos jefes en una familia.»

JORGE USCATRSCU

R É S U M É

Le cinquantième anniversaire de la Révolution communiste coïncide avec le centième anniversaire du marxisme. L'événement à déjà produit une gigantesque littérature, historique, informative, critique. Ces deux événements constituent un sujet commun de méditation et de préoccupation et sont présents, tous les deux, dans la conscience universelle où ils se voient soumis à un vaste procès d'estimation et de révision, aux éloges et aux critique en même temps. La dispersion idéologique, la diversification géographique en processus extensif sur d'amples zones de la planète, n'empêchent pas, lorsqu'on procède à dresser un bilan, d'en arriver à une réduction à un dénominateur commun et

aussi bien à des réflexions de nature commune et d'unité ontologique primordiale.

Cependant, on ne saurait aborder l'examen de ces deux phénomènes et moins encore y approfondir, sans noter dès l'abord combien il serait arbitraire de faire tenir dans le concept idéologique de marxisme l'énorme variété de faits idéologiques, sociaux, économiques qui se réclament de Marx et de sa conception révolutionnaire, au cours des cent dernières années. Dans un livre récent publié sous le patronage de l'Institut Hoover de l'Université de Stanford, Californie, sous le titre de "Marxism in the modern world", pour commémorer le centenaire de la Première Internationale, il nous est dit dans l'entrée en matière que dès la parution de la brochure de Lénine "Que faire?" (1902) un changement radical à lieu dans l'histoire et dans la nature même du marxisme. C'est ainsi que l'on va opposer à la physique sociale déterministe de Marx et d'Engels, le volontarisme révolutionnaire de Lénine et de ses partisans, le marxisme étant soumis alors à une série de révisions d'un vaste et profonde portée et se transformant d'idéologie qu'il était au XIX^{ème} siècle en pouvoir politique au XX^{ème}, en véritable obsession de pouvoir avec des visées de conquête mondiales et de domination impitoyable sur les masses. La conclusion à laquelle aboutissent les études consacrées à cette question un peu partout est que le marxisme primitif, celui de Marx et d'Engels, le marxisme-léninisme, et tous les "ismes" dont l'origine commune, dans ce sens, semblerait avérée, mènent nécessairement à un pluralisme marxiste aussi compliqué et vaste, selon nous, que le panorama idéologique et la lutte protéique pour le pouvoir dans le monde d'aujourd'hui.

A la période de terreur va succéder la mise en oeuvre de formules nouvelles, tel de mythe des "cent fleurs", celui des "contradictions non antagoniques" "le bond en avant". Les "révisionismes" seront tantôt acceptés au nom du dynamisme idéologique, tantôt repoussés avec indignation. Dans son analyse des possibilités d'un communisme pluraliste, analyse que justifie le différend sino-soviétique, Richard Lowenthal en arrive, dans les grandes lignes, aux conclusions suivantes. En premier lieu, les deux camps ont désormais abandonné, non seulement l'orthodoxie marxiste, mais encore l'orthodoxie doctrinale léniniste et l'on "ne saurait vraiment considérer léniniste ni l'essai chinois de transmettre la mission révolutionnaire du prolétariat industriel qu'Arnold Toynbee qualifia de "prolétariat extérieur" de la civilisation occidentale, ni la thèse soviétique selon laquelle le socialisme l'emportera sur le capitalisme par le jeu de la concurrence économique. Deuxièmement, le communisme fanterera, sur une échelle mondiale, plusieurs formes d'orthodoxies communistes vouées à s'intégrer en plusieurs internationales. Troisièmement, à chaque forme d'orthodoxie correspondra un centre antagonique de pouvoir. Quatrièmement,

Le pluralisme suppose, bien entendu, une véritable décadence dans un système totalitaire à commandement unique, mais il ne détruit pas, semble-t-il, les liens intimes rattachant le monde communiste face à un conflit pouvant éventuellement l'opposer au monde non communiste.

Le bilan du communisme à établir actuellement, après cinquante ans de vastes expériences devant le monde, serait donc conditionné et par son expérience propre et par celle du monde qui n'aurait pas nécessairement subi une expérience communiste. L'expérience du monde communiste incidera fortement sur la situation actuelle du communisme. Aussi, le communisme a-t-il ses problèmes à lui, tout, en participant aux problèmes qui ne lui appartiennent pas en propre, le reste du monde ayant des problèmes caractéristiques lui aussi.

Présent dans le monde, sa présence est aujourd'hui ambivalente. D'un côté, il se penche sur le monde, comme d'habitude, dans une attitude agressive et antagonique, de l'autre, les transformations structurelles à échelle planétaire, empêchent le communisme de faire cavalier seul dans un processus d'intégration avec d'autres facteurs, façons de vivre et penser. C'est à cette intégration que l'on doit d'une part, un changement dans le rôle joué par les idéologies, l'idéologie communiste la première, et de l'autre, l'apparition du pluralisme au sein même du communisme. Ce phénomène de pluralisme est, croyons-nous, évident.

Sous l'effet d'une révolution typologique, les communistes, cinquante ans après leur révolution, peuvent nous offrir trois modalités différentes suivant les types humains les incarnant. Il y a un communisme russe, un communisme occidental et un communisme chinois, les trois bien définis. Telle est, jusqu'à présent, la situation, mais l'on peut entrevoir d'ici bientôt un communisme africain, un communisme asiatique, au même titre qu'il est question d'un communisme castriste ou indonésien, si toutefois ils existent vraiment. L'histoire des peuples s'y trouve partout présente avec tout son poids. Un philosophe bien près de l'idéologie communiste, Ugo Spirito d'est sans doute, en fait état. Dans le communisme russe, c'est la présence de la tradition chrétienne, romaine, grecque, byzantine. C'est une adéquation de la révolution communiste à l'âme russe avec son penchant antibourgeois, anticapitaliste, communautaire, messianique, ouvert au sacrifice dans l'attente de l'âge d'or. Dans le communisme occidental, des vertus individualistes bourgeoises, illuministes, égalitaires, anticommunautaires avec l'aiguillon de la philosophie du progrès et du bien-être. Dans le communisme chinois, une tradition vieille de mille ans, complètement différente de la tradition occidentale, voire russe, une mentalité ahistorique, aréligieuse, mais fortement morale, un manque de tradition humaniste, mais une ouverture vers l'humanisme scientifique et technique, une tradition communautaire et collective.

S U M M A R Y

The fiftieth anniversary of the communist Revolution in Russia coincides with the official centenary of Marxism. The occasion is already provoking widespread historic, informative and critical writing. United in one common way of thought and interest the two events are on the universal conscience and are submitted to a vast process of valuations and revaluations, full of praise and critical at the same time. Ideological dispersion and their geographical diversification involved in an extensive process over vast areas of the planet does not prevent, them when a critical balance is made, from bearing a common denominator and having reflections that arise from a common nature and from a primordial ontological unity.

However, we cannot approach or even penetrate to any depth either of the two events without showing from the beginning the arbitrary act of including in the general concept of "Marxism" the enormous variety of ideological, political social and economical facts that claim to come from Marx and his revolutionary conception over the last hundred years. In a recent book sponsored by the Hoover Institute of the University of Standford, California, to celebrate the Centenary of the First International and published under the name "Marxism in the modern world", it is said in the introduction that from the moment in which Lenin published the short work entitled "What to do" (1902) a radical change come about in the history and very nature of Marxism. Consequently, Marx and Engel's determinist social physics came up against Lenin's revolutionary voluntarism, Marxism underwent a series of revisions of deep and vast importance and, finally, Marxism as regards ideology of the past century became transformed into a political power of the XXth Century and was gradually converted into a real obsession for power with perspectives of world conquests and absolute dominion over the masses. The conclusion reached by the majority of the studies dedicated to the subject throughout the world is that the first Marxism, that is to say that of Marx and Engels, the Leninism Marxism and all the "isms" that appear in this sense have a common origin, leads necessarily to a Marxist Pluralism as complicated and vast as we imagine today the ideological panorama and the proteid struggle for power in the world.

After periods of revolutionary or bureaucratic terror comes the initiation of new forms, like the myth of the "hundred flowers" and of the "non-antagonistic contradictions", of the "great leaps ahead". The "revisionisms" are now explicitly accepted on behalf of an ideological dynamism, now rejected with indignation. By analyzing the possibilities of a "pluralist commu-

nism" justified by the Chinese-Soviet conflict, Richard Lowenthal comes in general terms, to three possible conclusions. First, that the two fields have already abandoned not only Marxist orthodoxy, but also Leninist doctrinal orthodoxy itself because one cannot really consider as Leninist either the Chinese attempt at transmitting the revolutionary mission of the industrial proletariat that Arnold Toynbee called "the exterior proletariat" of Western civilization, nor the Soviet thesis according to which socialism will definitely win over capitalism by virtue of economic competition. Second, that the conflict itself will engender, on a world wide scale, various forms of "orthodox" communists with tendencies to become integrate in various Internationals. Third, that to each form of orthodoxy there will correspond and antagonistic centre of power. Fourth, that pluralism offers a decadence in a totalitarian system with only one governing body, but that it has not destroyed as it could appear, the intimate links of the communist world faced with a possible conflict with the non-communist universe.

The balance of communism today after fifty years of tremendous experiences in the world's eye is a balance achieved equally by its own experience as by the world's experience that has not necessarily been only a communist experience. The experience of the communist world bears great importance on the present day situation of communism. Because of this, Communism has its problems that are entirely personal, but it also participates in those problems that are not, and the rest of the world possesses characteristics that are peculiar to the former. Present in the world, today its presence is ambivalent. On the one hand it views the world, as always, in an aggressive and antagonistic attitude. On the other, structural transformations on a planetary scale make it impossible for communism to exclude itself, by definition, from a process of integrations with other factors and ways of living and thinking. This same integration brings about on the one hand a change in the role that present day ideologies can play throughout the world, the first being communist ideology and on the other hand the appearance of a pluralism in the heart of communism itself. This pluralism phenomenon is a fact that is quite patent to us today.

Subjected to a typological revolution communisms today can offer 50 years after the Revolution, three different kinds, according to the types of people involved. There is, quite distinctly, a Russian communism, a Western communism and a Chinese communism. This is the situation as until today, but tomorrow there may be new forms of African or Asiatic communism, as there is, if in fact this is true, a Castrist communism and an Indonesian communism. In all of them the history of the people is there to a large extent. A philosopher who is very close to communist ideology like Ugo

Spirito, proclaims it thus. He sees in Russian communism the presence of a Christian tradition, from Rome, from Athens, from Byzantium and Christ. An adaptation to the communist revolution by the Russian soul, with certain anti-bourgeois, anti-capitalist, communitary, Messianic, spiritual predispositions and ideas of human communication and of the beginning of sacrifice and of the belief of a golden age. In Western communism there are individualist, bourgeois, illuminist, equalitarian, anti-communitary virtues encouraged by the philosophy of progress and well being. In the Chinese communism there is a millennial tradition entirely different to the Western and even to the Russian communism, a non historic and non religious mentality, but on the other hand ethical; the lack of a humanist tradition and the beginning of a scientific and technical humanism and a communitary and collectivist tradition.

